

La personalidad Médica de Maimónides al lado de su personalidad total

Era el año de gracia de 1542... Francisco de Valois, rey de Francia, molestando de una prolija dolencia y viendo que los médicos de su casa y corte no le daban remedio, decía, todas las veces que le crecía la calentura, que no era posible que los médicos cristianos supiesen curar, ni dellos esperaba jamás remedio. Y así una vez, con despecho de verse todavía con calentura, mandó despachar un correo a España, pidiendo al Emperador, nuestro Señor, le enviase un médico judío, el mejor que tuviese en su corte, del cual tenía entendido que le daría remedio a su enfermedad, si en el arte lo había. La cual demanda fué harto reída en España, y todos concluyeron que era antojo de hombre que estaba con calentura; pero con todo eso mandó el Emperador, nuestro Señor, que le buscasen un médico tal, si lo había, aunque fuesen por él fuera del Reino. Y no lo hallando, envió un médico cristiano nuevo, pareciéndole que con ésto cumpliría con el antojo del Rey.

Pero puesto el médico en Francia, y delante del Rey, pasó un coloquio entre ambos muy gracioso, en el cual se descubrió que el médico era cristiano, y por tanto no se quiso curar con él. El Rey con la opinión que tenía que el médico era judío, le preguntó, por vía de entretenimiento, si estaba ya cansado de esperar al Mesías prometido en la ley mosaica, El médico: Señor, yo no espero el Mesías prometido en la ley judaica. El Rey: muy cuerdo sois en eso, porque las señales que estaban notadas en la Escritura divina para conocer su venida son ya cumplidas muchos días ha. El médico: Ese número de días tenemos los cristianos bien contados, porque hace hoy mil y quinientos cuarenta y dos que vino, y estuvo en el mundo treinta y tres, y en fin de ellos murió crucificado, y al tercer día resucitó, y después subió a los cielos donde ahora está. El Rey: Luego vos cristiano sois. El médico: Señor, sí, por la gracia de Dios. El Rey: Pues volveos en hora buena a vuestra tierra porque médicos cristianos sobrados tengo en mi casa y Corte; por judío os había

yo, los cuales en mi opinión son los que tienen habilidad natural para curar... y así lo despidió sin querer darle el pulso ni que le viese la urina ni le hablase palabra tocante a su enfermedad. Y luego envió a Constantinopla por un judío, y con solo leche de borricas le curó.

Esta graciosa anécdota cuenta el ingenioso Huarte en el capítulo XIV de su «Examen de Ingenios», por donde se ve que el caballeroso y católico Rey de Francia, a ratos amigo y a ratos émulo y enemigo de nuestro Emperador, era de la opinión de que los médicos judíos son los que tienen más habilidad natural para curar. Y el mismo Huarte dice «esta imaginación del Rey Francisco a lo que yo pienso es muy verdadera».

Y si ahora damos una lista, aunque sea muy incompleta, de los médicos judíos que en la segunda mitad del siglo pasado elevaron el prestigio de la ciencia, y citamos entre ellos (siguiendo a Garrísón) a Henle, Cohnheim, Weigert, Traube, Stricker y Pick entre los patólogos; Senator, Hayen y Boas entre los internistas; Moll y Unna entre los dermatólogos; Caspar, Lesser, Ottolenghi y Lombroso entre los forenses; Hirsch, Marx, Pagel, Magnus y Neuburger entre los historiadores de la medicina; Metchnikof, Fránckel, Friedländer, Marmoreck, Hafkine, Neisser y Ehrlich entre los bacteriólogos, se demostrará que ningún otro pueblo es capaz de aportar una pléyade tan brillante de hombres cumbre en el dominio de la medicina.

Esta casta de hombres, hijos de Judá, la perdimos para España cuando el Rey Fernando de Aragón, llamado el católico, so color de razones religiosas y políticas (la unidad de la fe en España) cometió el error y la felonía de promulgar el edicto famoso de su expulsión, firmado en marzo de 1492 en los mismos Reales de Santa Fe, donde se había laborado con las armas la unificación política de la península, destruyendo el último baluarte de la morisma. Esta intransigencia fué análoga a la de los bárbaros almohades cuando en 1148 penetraron desde África conquistando a la España árabe y a Córdoba, determinando abandonar esta ciudad a la familia de nuestro Maimónides. La ola bereber, superpuesta a la sirio-arábiga del siglo VIII, venía llena de intransigencias e imponía la religión mahomética o expulsaba del territorio islámico. El edicto del Rey Católico costó a España la pérdida de cerca de medio millón de personas, pero la adquisición de bienes para las arcas del casi siempre exhausto tesoro nacional, pues en el éxodo no se les dejó sacar ni moneda ni alhaja. Se comprende así que en la época siguiente de que habla Huarte no se pudiera hallar en todos los dominios del Emperador ni un sólo médico ju-

dío, cuando siglos antes tanto brillo habían dado a la medicina patria, y tantos habían sido sobresalientes.

Maimónides fué un médico judío de la época de la decadencia de la medicina árabe. Escribió en árabe y en hebreo, y las persecuciones religiosas de aquellos tiempos hicieron que visitase muchos de los países que entonces componían el mundo islámico. Su éxodo le sirvió de seguro para visitar los hospitales y los centros de enseñanza de ciudades de primer orden en cuanto a la cultura arábiga. Esto ya nos plantea el problema de indagar si hubo en realidad una medicina judaica, o si, como creen muchos historiadores, la medicina de los hebreos durante la edad media debe incluirse en el gran tablero de la medicina del Islam.

En el siglo VIII^o comienza a despuntar la aurora de la medicina de los árabes, que va formándose hasta alcanzar su apogeo en las centurias IX^a, X^a y XI^a empezando entonces a decaer, para hundirse hacia los principios del siglo XIII. Pero en nuestra ciencia y arte, lo mismo que en otras esferas del pensamiento, la época islámica representa una fase no más de la total evolución histórica de nuestra cultura europea, que en Grecia toma su iniciación con las escuelas de medicina de Cos, de Cnido y en Corpus hippocraticum.

El conjunto de pueblos llamados árabes, unificados por una idea religiosa y por una tendencia expansiva imperialista, vertiendo todo su coraje y todo su ímpetu ardiente, reforzado por su tradición nómada, como la del pueblo judío, siguió el curso del sol, de oriente a occidente. Este meteoro cultural se esfumó al fin, dejando paso a la pujante civilización cristiana; pero ella fué la intermediaria entre la medicina de la antigüedad clásica greco-romana y sus epígonos de la escuela bizantina y la medicina del Renacimiento europeo-cristiano.

La hebrea vivió infiltrada y compenetrada con la del país y la raza dominadora; pero sus miembros, ostentando una personalidad conspicua y muchas veces más elevada que la de las otras razas convivientes, se señalaron como grandes médicos. La cultura del pueblo judío, a pesar de constituir una unidad racial y religiosa, por vivir infiltrado en otras naciones y países del mundo antiguo, fué absorbida por la raza dominante. El israelita ha actuado, a nuestro modo ver, no sólo en medicina, sino en todos los órdenes culturales, como un verdadero fermento, de fuerza catalítica inmensa, en la masa más o menos ruda del pueblo guerrero dominador del país.

Solo la medicina primitiva hebrea tiene autonomía propia y carácter

más social que individual y profesional, y conviene señalar ésto, porque algunos libros de Maimónides son de pura medicina hebrea, discriminación en que nadie se ha parado y que hacemos nosotros ahora, entendiendo por medicina hebrea los escritos del gran médico judío comentando las leyes en cuanto se refieren a preceptos de medicina social e higiénica impuestas al pueblo como de categórica observancia. Los otros escritos de Maimónides son de medicina corriente y siguen la tradición galeno-hipocrática, despertada y asimilada por la cultura del Islam. Moises dió carácter oficial a la medicina. Las pragmáticas, de orden sobre todo higiénico, están contedidas en los libros Sagrados, en el Levítico del Viejo Testamento y en el Talmuz. (Talmuz quiere decir doctrina). Entonces la medicina representaba un cuerpo de doctrina social, alejándose todavía mucho de lo que había de ser más adelante una profesión con personalidades, muy destacadas algunas, en el ejercicio práctico del arte de curar.

Las ideas del Antiguo Testamento sobre la historia natural del hombre y sobre higiene, y sus prescripciones en este dominio, mantuvieron en parte, durante el período medioeval, y aun en el Renacimiento, la unidad y relaciones de la medicina judaica y la cristiana, ya que los Libros Sagrados representaban las primeras fuentes de la sabiduría médica, en una primera época, y tuvieron siempre entre judíos y cristianos el valor inapelable de leyes, siendo sus textos respetados por los escritores que no osaron contradecirlos hasta bien entrado el siglo XVI, comenzando entonces la emancipación del pensamiento, sustrayéndolo a la tiranía y potestad de la Iglesia, tanto Ortodoxa como reformada, pero no sin pagar el tributo consiguiente en persecuciones y dolor. Un espíritu tan libre como Miguel Serveto andaba aún cohonestando las ideas de las Sagradas Escrituras con su genial concepción (en el Cristianismi Restitutio) de la circulación pulmonar. Era el Espíritu Santo el que penetrando por la vía respiratoria daba vida y pábulo al corazón. Los anatómicos contemporáneos de Vesalio decían que la sangre pasaba por el tabique interventricular a través de poros invisibles que la divina voluntad de Dios había colocado allí para burlar la ciencia de los hombres.

Pero ya en la Edad media los médicos judíos tuvieron personalidades destacadísimas en el arte (la ciencia médica no existía aún entonces en realidad), émulas y pares de los médicos árabes, cuando los cristianos se hallaban todavía casi en la barbarie en este ramo del saber. En los siglos Xº y XIº, los médicos judíos eran, como dice J. S. Billings, «una especie de lujoso contrabando», protegidos por reyes, principes, potentados y

dignidades religiosas, papas y cardenales. Pero ya a mediados del siglo XIII el concilio de Viena les prohibió ejercer entre los cristianos, y a principios del XIV se les expulsó de las aulas de Montpellier, aunque la escuela de Salerno los había escogido como maestros.

Cuatro siglos llevaba, o cerca de ellos, la brillante época de la medicina árabe en los dominios del Califato de Córdoba, de Bagdad, cuando apareció Maimónides en el horizonte del judaismo medioeval. La tradición médica arábigo-hebrea pesó sobre el espíritu curioso, estudiosísimo de Maimónides; le hizo tomar los precedentes religiosos de la antigua medicina social judiaca, por una parte, y por la otra las doctrinas de los textos árabes, generados como prosecución del pensamiento médico en la cultura greco-romana.

El Califato Oriental o de Bagdad, adquiere su brillo al empuje de las armas islámicas a mediado del siglo octavo, es decir, una centuria después de aparecer el apostol del mahometismo, persistiendo tan sólo hasta mediados del siglo XIII. Con los primeros califas, Almansur, Harun el Raschid y Al Maimum, comienza el florecimiento de los estudios en el mundo islámico y entre ellos los de medicina, gracias a una gestación honda previa, realizada en pueblos de gran tradición cultural: en Mesopotamia, Siria, Persia y Egipto, que habían caído bajo el poder del alfanje osmanli.

En la época de los Abbasidas, terminada la dinastía Omniada, a mediados del siglo VIII^o, comienza el gran florecimiento y poder del islamismo, bajo aquellos príncipes que establecieron en la Mesopotamia, en Bagdad, la capital del Califato. Primero a través del idioma sirio, después directamente, se tradujeron al árabe los escritos griegos, sobre todo de matemáticas, geografía, medicina y astronomía, y más tarde de filosofía e historia natural. Por lo que respecta a la medicina hay que apuntar que fué entonces cuando se vertieron al árabe los escritos de Hipócrates, Dioscóridea, Arquígenes, Galeno, Rufo y Sorano de Efeso, Oribasio, Filagrio, Alejandro de Tralles y Pablo de Egina. Al principio se trató tan solo de la reproducción literal y parcial de la doctrina y arte greco-romana; pero al contacto y estímulo de estas ideas se despertó el genio propio de la raza, llegando a producir cultura y saber originales. Bagdad heredó, como dice Neuburger, el puesto preeminente que había tenido Alejandría. El genio arábigo, imbuído en su carácter mágico, dotado de rico ingenio y fantasía, se hizo patente sobre todo en la química y en la astronomía, fomentando la cultura del espíritu, e instalando numerosas y riquísimas bibliotecas y escuelas, se colocó a la cabeza del mundo medioeval.

En medicina brillaron sobre todo Mesué el Viejo o Damascenus (cristiano), el judío Johannitius (Honain ben Isaac), traductor de Hipócrates y Galeno de Oribasio y Pablo de Egina; el gran clínico y hombre original Razés; un mago persa, Ally ben Abbas, cuyo cánon dominó hasta Avicena. Pero fué si duda alguna Avicena el más nombrado y sobresaliente de los médicos de califato oriental, el llamado príncipe de los médicos, jefe del Hospital de Bagdad en los comienzos del siglo XI.

Para nuestro tema de estudiar a Maimónides como médico, nos interesa más todavía, no obstante, la comunidad y unidad de cultura médica islámica, extendida desde Mesopotamia a Gibraltar, la evolución de la medicina en aquellos siglos en el Califato occidental, es decir, en esta ilustre ciudad de Córdoba y en otras poblaciones del Andalus. Los Omniadas dominaron, como es sabido, desde el 755 al 1036; pero la tradición médica y la brillantez en el arte de curar, persistieron hasta la venida de los almohades, y aún hasta principios del siglo XIII en que la medicina experimenta una gran decadencia. Al comienzo de la undécima centuria brilla Albucasis, en cuya cirugía tenemos el mejor libro del arte quirúrgico de toda la época de Islam, aunque inspirado en Pablo de Egina. En el siglo XII descuellan también Avempace, filósofo y poeta, médico distinguido, sobre todo en farmacología; Mahomed al Gafiki, también médico cordobés, cuyo libro «El Director» comenta a Hipócrates y trata de higiene, de anatomía y de oculística. El célebre Abenzoar, que publicó «El Teiser», en el cual hay historias clínicas originales de gran interés, descubridor del ácarus, de la sarna y de la alimentación artificial por medio de enemas. Contemporáneo de Maimónides fué el célebre Aberroes, cuyo libro de medicina «El colliget» tanto dió que hablar en su época y aún después, hasta en Renacimiento; más célebre Aberroes por sus doctrinas filosóficas que por sus escritos médicos, análogamente a lo que ocurrió a nuestro Maimónides; todavía en el siglo XVI subsistía la división radical y batalladora entre los médicos galenistas y los aberroistas, pues la filosofía y metafísica eran inseparables de la medicina y ésta en gran parte escolástica.

La vida cultural durante el califato de Córdoba en todo el Andalus, no fué superada por ninguna otra nacionalidad contemporánea, ni aún en el resto del Imperio islámico. En los siglos VIII, IX y X, época la más brillante del mahometismo, los cristianos estaban sometidos aún a la vida ruda de la guerra y la incultura. En España, Córdoba era el emporio del saber, y su luz se irradiaba por todo el califato. Las orillas del Guadal-

quívir venían a ser en el occidente del mundo musulmán lo que en el oriente eran las del Eufrates y el Tigris. Córdoba fué la Badad del Islam español, para colocarse más tarde aun a superior altura que la madre civilizadora de oriente. Con los omniadas vino Abderramán, trayendo como símbolo la palmera oriental y difundiendo la cultura de los abbasidas, pero haciéndose libre, independiente y émula de Bagdad. La dinastía omniada desplegó el más inusitado brillo, sobre todo con Abderramán III, el Grande, y Alhaken II, y paralelamente la medicina alcanzó en este tiempo su apogeo. Los siglos X y XI son los de mayor auge de la cultura arábigo-hispana. La alta vida cultural no fué privada, en el califato, de la raza árabe, de seguro en minoría; participaron en ella también los bereberes, judíos y muzárabes. Algunos historiadores han comparado al tan largo califato de Abderramán III (más de 50 años) al siglo de oro de Grecia, al siglo de Pericles. El suelo fecundo del Andalus proporcionaba las riquezas materiales, la agricultura vigorosa, la minería y la industria floreciente, elevaron el califato español a mayor altura que el de Bagdad, respirándose aquí más libertad, faltando el despotismo oriental.

Instaurada la cultura en el califato español por los primeros omniadas, llegó a un rango quizás superior, en relación con la época histórica, al Renacimiento. En los siglos VIII y IX fué en verdad tributaria de la de oriente, pero en el X y en el XI alcanzó su autonomía y la superación. La grandeza del Imperio de Abderramán, afirmado por la expansión de sus armas en la guerra, ensanchando sus dominios, se afirmaba con el reconocimiento y homenaje de otros países, algunos lejanos, que enviaban sus embajadores a España acompañados de gran esplendor y de elementos de arte y de cultura. El emperador bizantino Constantino Porfirogeneta envió con la embajada, entre otros espléndidos regalos, un ejemplar del Dioscórides de materia médica; y por deseo expreso del califa vino a Córdoba el monje Nicolao y se encargó de la traducción del libro. El mismo Abderramán recibió otra embajada del Rey Ottón de Alemania. Las ciencias y las artes fueron entonces cultivadas con gran esplendor, surgiendo en este medio cultural filósofos, médicos, poetas, astrónomos, matemáticos y artistas, que daban brillo inusitado a la corte. La época más brillante para las ciencias y las artes fué sin duda la de Alhaken II, hijo de Abderramán, el cual buscaba su gloria, como nuestro Alfonso el Sabio, más que en el brillo de las armas en el de las letras. Trajo hombres distinguidos de Badad, dedicándose él mismo a las labores del espíritu, empleando sumas cuantiosas en la adquisición de manuscritos para las bibliotecas, enriqueciendo la de

Córdoba, del palacio de Meruán, que llegó a tener, se dice, más de medio millón de libros, con sus índices y catálogos. En la academia cordobesa brillaban los estudios históricos y literarios; y la enseñanza elemental y pública alcanzaba gran esplendor en las 26 escuelas que se habían organizado sólo en la capital del califato.

Pero al comienzo del siglo XI cayó el Imperio Omniada, siendo sustituido, como se sabe, por los reinos de taifas; Córdoba, Sevilla, Toledo, Badajoz, Almería, Málaga y Granada se hicieron independientes, hasta que, al finalizar la centuria, acuden de África los almoravides, los cuales, derrotando a árabes y cristianos, se apoderan del Imperio Musulmán español. Pero aún después de caído el califato omniada, la cultura continuó brillando, y aún a principios del siglo XII poseía la España árabe, según el cómputo de los historiadores, más de 70 bibliotecas públicas y 17 instituciones de enseñanza superior. Córdoba era entonces una de las ciudades más ilustres del orbe conocido; perla del mundo la llamó la monja Roswitha desde la Germania de Otton, como dice Menéndez Pidal en la España del Cid. Más esta cultura, que comenzaba a decaer, sufrió un rudo golpe con el bárbaro empuje de los almoravides y sobre todo de los almohades, cuando el Imperio pasó a manos de Ynsuf y después a las de Abdelmumén.

La tolerancia de los árabes hizo brillar en aquellas épocas de esplendor a los hombres estudiosos de la raza israelita. Algunos de ellos colaboraban con los dominadores en las funciones de gobierno, con el papel de embajadores y visires; y gracias a los grandes conocimientos lingüísticos de los judíos pudieron cultivarse las ciencias y las artes, sobresaliendo como filósofos, médicos, poetas y arquitectos.

En la cultura árabe la religión y la enseñanza caminaban en estrecho concierto. Las mezquitas eran el lugar de la escuela y aún lo son hoy en el mundo musulmán. Los maestros, de ordinario, gentes que tenían otro oficio; religiosos, lectores de Corán, médicos, juristas y comerciantes. Las instituciones superiores de cultura, las madrisas, se instalaban también en las mezquitas y estaban dotadas de bibliotecas, con sus salas de lectura, y con vivienda para los maestros y aún para discípulos. Pero en aquella época dominaba todavía el dogmatismo y la intolerancia religiosa en el mundo árabe, como en el cristiano, y esto motivó el estancamiento secular de la cultura.

Compara Neuburger la cultura arábiga de los siglos X al XII a la romana del siglo II de la Era cristiana, de la Roma imperial. Pero en la

XI^a centuria comienza, como ya dijimos, la decadencia, que se completa en el XII, cuando el elemento bereber ahoga en el occidente la cultura hispano-árabe y en el oriente cede también al bárbaro empuje de los mamelucos y seldschuques. Y lo singular es que la medicina, y en general la cultura árabe, proviene en los primeros tiempos de la escuela de Dschondisabur, formada por una secta de nestorianos, que recoge también, al lado de la tradición greco-romana, la cultura india, trasmitiéndola a los árabes, que a su vez, traducidos los libros griegos a su idioma, son trasladados al latín, sirviendo de instrumento al Renacimiento cristiano en los siglos XV y XVI. La medicina árabe, aunque con cierta originalidad, es sólo un préstamo de la cultura greco-romana a una raza que toma también del cristianismo muchas de sus ideas religiosas, pero que la devuelve a la Cristiandad, pues no supo sostenerla sino durante los siglos oscuros del centro del medioevo. En la escuela nestoriana es donde se establece por primera vez el hospital como centro de enseñanza de la medicina, y donde se crea la farmacia o apoteca, a la que los árabes habían de dar tanto realce, dadas sus aficiones a la alquimia y a los remedios complejos.

He descrito a grandes rasgos el estado de la medicina árabe en la época que precede a la aparición del gran médico hebreo Maimónides, que se mostró en la palestra de la cultura médica árabe. Pero no fué esporádica su aparición, ya que le habían precedido sabios de su propia raza, en su mismo suelo, pues el pueblo hebreo en la España árabe crió personalidades sobresalientes. Así, pues, Maimónides recibió dos tradiciones culturales, la de su pueblo judío y la de los árabes; pero no contento con estudiar a sus predecesores arábigo-judíos, se dirigió él mismo a la cultura greco-romana para conocer de primera mano la raigambre y fuentes hipocrático-galénicas de la medicina.

El pueblo judío fué siempre una raza superiormente dotada en el orden de la inteligencia, y en el cultivo de la medicina una de sus particulares apetencias, pero sin darle un matiz o carácter racial, sinó siguiendo las tendencias y la colaboración de los pueblos que habitaban y de la época. Sobre todo dentro de las culturas mahomética y cristiana se desenvuelve la actividad médica judaica, contribuyendo en grado máximo al progreso de la ciencia y arte de la salud. Si se tiene en cuenta, además, que esta profesión fué siempre lucrativa, cuando se ejercía sobre personalidades relevantes, como otras lo son también, la de la Banca, el Comercio y la Jurisprudencia, se comprende la aptitud y apetencia

secular del pueblo judío para este género de actividades. Por eso en algunas épocas y naciones formaron los judíos la *elite* de la profesión médica. Y uno de los motivos de la decadencia en España de la Medicina desde los comienzos del siglo XVII se debe, sin duda, a la expulsión de esta raza de los ámbitos de nuestra península, pues también en el siglo XVI se decretó la salida de los judíos del reino de Portugal, entonces perteneciente a la corona española.

Venidos los judíos a España en la época romana, huyendo y dispersados por las persecuciones de Tito, hijo de Vespasiano, probablemente de modo paulatino y en éxodo prolongado, es lo cierto que a comienzos del siglo VIII^o acudieron a nuestra península, acompañando a los árabes, un gran número de familias hebreas, para instalarse en nuestra tierra, confiados en la tolerancia del pueblo mahometano.

Ya en el siglo X florecieron, al lado de los conquistadores, en la medicina y otros estudios, no sólo en el Andalus, sinó también en los nacientes reinos cristianos; y así, en Castilla vivió R. Izchaq, supuesto médico del Rey Alfonso VII, que escribió un tratado sobre las fiebres. En esta ciudad de Córdoba hallamos, como predecesores del gran Maimónides, a R. Abraham Ecchellensis Harun, que tuvo una cátedra en la escuela cordobesa, y que se distinguió por verter al latín la materia médica árabe, y escribir los comentarios a Avicena. Poco anterior, casi contemporáneo de Maimónides, es el ínclito judío toledano el Chacam, conocido por el Sabio, gramático, filósofo, poeta y médico, astrónomo consumado para la época, y cuyo nombre es Abraham ben Hezra, que publicó un tratado sobre los días críticos. Poco antes de Maimónides nació también en esta ciudad de Córdoba otro ilustre israelita, ben Ganach, médico y gramático sapientísimo y preceptor de Rasés.

Tales eran los antecedentes médicos del mundo muslime y de sus copartícipes los hebreos que en él vivían hacia la mitad del siglo XII, época en la cual adquirió sus conocimientos el cordobés Maimónides. Era Abu Imran Musa ben Maimun (nombre árabe) conocido por Ramban, anagrama formado de sus nombres judaicos Rabbi Mosché ben Maímón, llamado también el egipciaco, porque vivió, como veremos, muchos años en el Cairo.

Vamos a seguir sus pisadas y éxodo, (vulgarizado hoy con motivo de su centenario), por el mundo musulmán de aquella época, para conocer cómo y donde pudo adquirir su sabiduría filosófica y sus conocimientos médicos. Y aunque la época era de decadencia para la cultura arábigo-hebrea,

sobre todo en cuanto se refiere a la medicina, llevaba aún un lastre de primera fuerza en el orden del pensamiento. Se hace descender al gran clásico del judaísmo medioeval, a Maimónides, de Juda-ha-Naci, el redactor del Mischna, y, reculando más, del propio Rey David, endiosándole casi.

Mucho influye sin duda, el medio familiar en la formación de las personalidades privilegiadas, y el ambiente en que nació y vivió Maimónides fué excelso para formar la suya. Su padre era hábil talmudista, matemático y astrólogo, discípulo del célebre Joseph ben Migash, de Lucena. Y así ya en la casa paterna el alma del joven Mosés se debió sumergir con todo ahinco y profundo deseo en los estudios rabínicos, en los médicos, en los de moral y metafísica, cultivando también las matemáticas y la astronomía y sobre todo las leyes y la filosofía.

No es posible separar, y menos en aquella época, la personalidad médica de un hombre, de su personalidad total, y esto es lo que me ha movido a formular el título de esta conferencia, sin que pretenda ahondar en los trabajos de filosofía y metafísica de Maimónides, que han de tratar otros conferenciantes, pero apuntando aquellos rasgos de su personalidad que nos muestren como estaba formada armónicamente, representando un microcosmos de la cultura de la época. Entonces las ciencias y las artes no estaban aún desligadas como ahora; los conocimientos y el saber todo constituían una unidad doctrinal, susceptible de ser abarcada con provecho por las inteligencias poderosas, por los hombres de privilegiado cerebro. Los grandes médicos de entonces, como los del Renacimiento, eran inteligencias cultivadas en todas las esferas, y Maimónides fué el prototipo de lo que llamaría un italiano un *uomo universale*.

Mucho nos interesa conocer las vicisitudes de la vida de Maimónides, es decir, el medio externo en que vivió, para darnos cuenta de cómo se fué formando su saber objetivo; y de qué manera y donde aprendió el arte de curar, porque este gran cordobés ejerció, de seguro, la medicina durante muchos años. Vino al mundo en una época de crisis profunda religiosa del judaísmo y de conmoción en el islámico, que con relación al primero se puede considerar como análoga a la de la cristiandad en el Renacimiento, lo que de seguro había de hacer que se apasionase por el problema religioso de su pueblo, llegando a tanta altura en los comentarios que hizo de la Biblia y del Talmud, que se le ha llamado el Santo Tomás del judaísmo. Y en realidad fué un reformador, pues trató de coheronar la fe religiosa judaica con el libre exámen de los Textos Sagrados, como habían de hacerlo también cuatro siglos después Lutero y los

demás secuaces neotéricos, la pléyade de los reformadores que excindieron la iglesia universal católica de Cristo.

Nació en 14 nisan 4895 (de la Creación) 30 de marzo de 1135, en 1446 de la Era seleucida; pudo vivir pocos años en Córdoba, pues en 1148 cayó esta ciudad en poder de los belicosos y fanáticos almohades, obligando a los judíos a convertirse a la religión islámica o a emigrar.

Abdelmumen ben Alí Alkumi, rey de la España árabe en aquel tiempo, promulgó un edicto de expulsión contra judíos y cristianos; se estableció una ordenanza, para cierto tiempo, por la cual si, algún hebreo se convertía al mahometismo, se le dejara quedando sus bienes en el mismo lugar y situación que las de los mahometanos, gozando de los mismos privilegios y ventajas; mas aquellos que prefiriesen perseverar en su religión, si dentro del tiempo prefijado no abandonaban el territorio de su reino, fueran decapitados, y sus bienes vendidos en subasta. Esto motivó, según Casiri, que Maimónides, obligado por el miedo y por el amor a los suyos y no queriendo desprenderse de sus riquezas y de la familia, abrazó forzado la secta mahometana, con la observancia de sus ritos y oraciones.

Como es sabido, los judíos españoles de Córdoba ganaron unos las tierras cristianas de España, otros la Provenza (los Kim-hi y los Tibbon) y muchos también el Norte de Africa. El padre del joven Maimónides se vió obligado a trasladarse a Almería, que caía tres años después, como Córdoba, en poder de los almohades, donde se supone que vivió varios años, quizá también en otros pueblos de Andalus, perdiéndose su rastro durante 8 o 9 años, llevando el padre consigo a sus dos hijos (David y Mosés) y una hija. Es por lo tanto de suponer que Maimónides, salido de Córdoba a la edad de 13 años, no hizo aquí más que estudios primarios, pero no de medicina. En cambio es probable que visitase alguna escuela u hospital de Almería y estudiase allí el arte de curar, pues en aquella época aún brillaba esta ciudad con esplendor.

Lo cierto es que Maimónides tenía 25 años y por lo tanto estaba ya formado intelectualmente cuando abandonó Andalucía, para trasladarse con su familia a Fez, permaneciendo poco tiempo, porque aquí las persecuciones religiosas de los almohades fanáticos eran tan terribles o más que en España, y como su padre no quiso renegar del judaísmo haciéndose mahometano, tuvo que abandonar la ciudad de Fez, huyendo de las iras del jefe almohade Abdaláh ben Toumart. Pero en ella permaneció 5 años, pues la familia de Maimónides salió de Fez el año 1165.

Partió para oriente, y en la nave en que navegaban sufrió una gran tempestad, llegando al fin a San Juan de Acre en 16 de mayo de 1165, de donde pasó a Jerusalém, trasladándose el mismo año a Alejandría, en cuya ciudad había unas tres mil familias de israelitas gozando de gran libertad. Establecidos definitivamente en Fostat (Viejo Cairo), acaeció poco después la muerte del padre (1166). Entonces vivía esta familia de los beneficios que obtenía el hermano David del comercio de piedras preciosas. Maimónides, mientras tanto, se dedicaba con el mayor ahinco a sus estudios, sumergido en sus libros y pensamientos, traducciones y textos de todo orden. Pero muerto el hermano en un naufragio, hubo de acogerse, para ganar el sustento, al ejercicio de la medicina, que practicó ya para siempre hasta su muerte.

De la actividad de su vida y de su ejercicio de la profesión médica, tenemos pruebas en una carta que escribió a Samuel Abentibbon (traductor hebreo de muchas de sus obras) llamado el padre de los traductores, con fecha de septiembre del 1199, es decir, cuando Maimónides tenía ya 64 años, que dice así: «Ven, enhorabuena, cuando quieras, pues tendré gran complacencia en verte y hablarte, pero siento te tomes la molestia de pasar el mar, y te aconsejo no te expongas a peligro alguno para sacar de mí algún provecho en literatura, porque el número de mis ocupaciones es inmenso... Todos los días muy temprano voy al Cairo en cuya corte tengo gran privanza con el Sultán, a quien por cumplimiento de mi cargo visito diariamente mañana y tarde, y cuando él o alguno de sus hijos o concubinas están indispuestos, no salgo de palacio en todo el día; también estoy encargado de asistir a los gobernadores en sus enfermedades. Cuando ya nada me retiene allí regreso a mi casa al medio día. Llegado que soy, y muerto de hambre, hallo mi antesala llena de musulmanes y de israelitas, de personajes y de gente baja, de jueces y de recaudadores de contribuciones, de amigos y de gente que no lo es, que esperan ávidamente el instante de mi llegada. Apenas he dejado el caballo y me he lavado las manos, según es mi costumbre, voy apresuradamente a saludar a mis huéspedes y a suplicarles que esperen hasta después de la comida... Esto ocurre todos los días. Terminada aquélla, comienzo a prestarles mis cuidados y a *prescribirles remedios*. Algunos hay a quienes todavía coge la noche en casa, y muchas veces (Dios me es testigo) estoy así ocupado hasta altas horas, escribiendo, hablando, dando consejos, *ordenando recetas*, hasta que a veces se me ocurre dormirme, por exceso de cansancio, quedando agotado, hasta el extremo de perder el uso de la palabra».

Esto se contradice con lo que dice Casiri en su «Biblioteca hispano arábica de Filósofos», donde al relatar la vida de Maimónides dice: «Moisés, hijo de Maimón, de linaje judío, nacido en Córdoba, se dedicó de tal suerte a las ciencias de los antiguos que alcanzó el dominio de las Matemáticas y una pericia absoluta en medicina. Divulgó algunas obras de Lógica, pero sin embargo, jamás se atrevió a ejercer el arte médico (*Medicam tamem artem exercere nunquam est auxus*).

Su cargo de proto-médico en la corte del Cairo lo obtuvo después de la conquista de Egipto por Saladino, en 1171, que venció a los fatimidas, adueñándose de Egipto, Siria, Palestina y el Califato de Bagdad.

Maimónides se había casado en segundas nupcias con la hija de Abulmaalé, personaje de la corte, y por su influencia Alfahél, gran visir del Sultán, le dió aquel cargo incluyéndole en la lista de los empleados retribuidos. Así fué creciendo su fama como sabio médico, llegando noticias de él a Ricardo, Corazón de León, el cual solicitó los servicios de Maimónides, pero éste no aceptó esta designación honorable, permaneciendo en el Cairo.

Entre los azares de su vida se cuenta que fué víctima de persecuciones, a causa de una acusación que hizo de él Moisha, el que le había salvado en España, jurisconsulto español, que habiendo ido a Egipto le denunció por haber abrazado en España la secta mahomética profesándola, llenándole de improperios y de haber practicado el islamismo, y parece que a causa de ésto fué relajado de sus dignidades israelitas; pero luego se rehabilitó, gracias a su protector Alfahdél, que sostuvo que si era aquella acusación cierta, la religión y su ejercicio había sido impuesta a Maimónides por la violencia. Porque éste adquirió fama desde el primer momento entre sus compañeros de raza y culto, siendo elegido jefe de todas las comunidades israelitas de Egipto, es decir, Naguid o Reis.

Después de un año de enfermedad acabó su carrera terrestre en 13 de diciembre de 1204, declarándose duelo público por tres días en Fostat. En Jerusalém hubo ayuno general y servicio fúnebre, siendo su cuerpo inhumado en el lago Tiberiades. Su hijo heredó la dignidad de Naghuid y se distinguió también como médico y talmudista.

Para darnos cuenta de cómo se formó el pensamiento general científico de Maimónides, es preciso tener presente que en su época dominaban dos corrientes en la ciencia Rabínica, como también se acusaron, y quizás de modo más vehemente, en la cultura religiosa-cristiana: la tendencia racionalista y la tendencia mística. Ambas corrientes derivaron de los libros

Sagrados, de la Biblia del Talmud y el Midrash. La tendencia mística salió de la cábala, que precisamente se desarrolló en el siglo XII de Maimónides, y era una especie de mezcla de teología, o teosofía, cosmografía y magia, explicando el mundo por los cuatro modos de emanación, creación, organización y acción. Maimónides fué el primero en aplicar el método científico a la interpretación del Talmud.

Los sirios, armenios y judíos se relacionaron con los estudios de Platón y Aristóteles y con los neoplatónicos, Plotino, Filón, etc. En los claustros de los monjes sirios se tradujeron los libros de filosofía y ciencias de los griegos. La academia fundada en Gondechapur (en Suriana, por Cosroes I en 530) contribuyó a la difusión de los conocimientos filosóficos y médicos. Harran, en Mesopotamia, creaba un centro de estudios matemáticos y astronómicos, de donde se difundió la cultura por el pueblo árabe.

El contacto con los griegos, de los cuales tradujeron las obras, y después bajo la influencia directa de los doctores musulmanes, formados ya en la ciencia clásica, se dieron los judíos a la especulación filosófica y a la medicina. Desde el punto de vista religioso los caraitas o escripturarios se pronunciaron, como luego habían de hacerlo los frailes católicos en el siglo XVI, originando la excisión de la Iglesia, por el examen e interpretación personal de la Biblia, rechazando el judaísmo talmúdico. En España islámica y cristiana, el movimiento intelectual israelita estaba ya preñado de estudios en la época que precede a Maimónides. Avicbrón de Málaga (Salomón ibn Gabirol) nace en 1021, publicando la «Fuente de la Vida» y el «Libro de la Moralidad», basada su ética en la inspiración neoplatónica. Joseph ibn Caddig, de esta ilustre ciudad de Córdoba, nace el 1080, y en su «Microcosmos» sostiene que Dios es único e inefable y sus atributos no son más que expedientes. La voluntad produce el mundo inteligible, luego el mundo de las esferas y por fin el perecedero. El hombre es un microcosmos, y conociéndose así se eleva a Dios. Le precede también Joseph ibn Pakonda, de Zaragoza, y Abraham bar Hiya, de Barcelona.

Más místico es Juda Halevi, nacido en 1085, en Castilla, autor del «Cozri», que sostiene que la fe y la tradición deben ser la cuna donde se reclina la especulación científica. Y el toledano Abraham ibn Ezra (que además citamos como médico), nacido en 1088, desarrollaba también ideas neoplatónicas y la doctrina ética del temor de Dios, comentando ampliamente la Biblia.

Y en el movimiento intelectual del pensamiento judaico predecesor a

nuestro gran pensador cordobés, brilla el ilustre toledano Abraham ibn Daoud (1110-1180) contemporáneo de Maimónides, pero más viejo. Con fe sublime en el Dios de Israel consideraba el conocimiento intuicional, y por lo tanto místico e irracional, como el fin del supremo conocimiento filosófico, y sostenía como había sostenido siglos antes San Agustín, que el mal es tan sólo la privación del bien.

Estos apuntes a la idea filosófica de la escuela judaica, que he señalado con parquedad, para no invadir el terreno de otros conferenciantes, pero indispensable para conocer la personalidad total de nuestro Maimónides, señala el estado de la cultura en aquel punto de la historia del pensamiento filosófico israelita que prepara el camino de la especulación al gran cordobés. Así el terreno preparado, aparece el gran clásico de la ciencia rabínica de la Edad Media, Moisés ben Maimónides.

Pero Maimónides era español y cordobés; porque esta ciudad fué su patria, pues la patria es la tierra de los padres, y los padres y antepasados de Maimónides eran españoles. Y si se atiende al adagio *ubi bene ibi patria* (donde se está bien, allí la patria). España era también la patria de Maimónides, puesto que entonces la tolerancia árabe permitía desplegar a los hijos de Israel su gran vitalidad. Pero la venida de los bárbaros almohades, desterró de su patria a nuestro gran médico.

La ciencia rabínica debe mucho a Maimónides. El comentario a la *Mischna* es en verdad luminoso, según dicen los competentes, pero excesivamente sistematizado. El *Schsmorich Peraquim* es un tratado de moral, y en los capítulos 3.º y 4.º habla de las enfermedades del alma y medios de curarlas. Como filósofo, Maimónides combina el pensamiento judío con las concepciones helénicas, sobre todo de Aristóteles. Hizo esfuerzos enormes para constituir una dogmática religiosa, comentando la *Biblia* y el *Talmud*; pero otros judíos de su época protestaron del carácter de heterodoxos con que Maimónides quiso anatematizar a los que se apartasen de sus doctrinas, que quería elevar a artículos de fe.

En 1180 acabó su obra *Mischné Torah* «Repetición de la Ley», que después se llamó «Mano fuerte» y que representa una codificación rabínica y bíblica, sistematizando y ordenando el caos enorme de la doctrina del Talmud, de tal manera, que según los versados en estos estudios más bien parece un nuevo Talmud, pues este código abraza la mayoría de las prescripciones civiles, religiosas y morales del judaísmo.

Se ocupó de filosofía, sobre todo en su libro *Séfer ha-Madda* «El libro del conocimiento». Pero su obra más conocida y más grande y meri-

toría es la «Guía de los descarriados, o indecisos» el «Moseh Nebon-khim», que se ocupa sobre todo de problemas metafísicos y filosóficos, deducidos principalmente de las doctrinas de Aristóteles, tal como las presentaron Avicena y Alfarabi. Pero es verdad que, siguiendo al Estagirita, no lo hace ciegamente, pues disiente de él en los temas teológicos, y así el mundo como en los textos Sagrados *ex nihilo* y no es coeterno con Dios. Para Maimónides la Theología es sólo la explicación o justificación racional de una doctrina religiosa, idea que han de sostener luego los filósofos hasta Bergson. Como nuestros místicos, siguiendo a Platón, cree Maimónides que el intelecto humano es algo emanado de Dios, porque lo inteligente se identifica con lo inteligible.

En definitiva, fué conspicua su personalidad filosófica. No hemos hecho mas que apuntar sus obras y sus escritos, se comprende que se le designase neguid, es decir, jefe rabínico, pero fué médico al mismo tiempo, y si a la muerte de Saladino perdió durante algún tiempo su seguridad personal, el hijo del Sultán que le sucedió en el trono, le tomó y le protegió como lo había hecho su padre, continuando en la corte hasta su enfermedad y su muerte.

No es posible separar la personalidad médica de Maimónides de su personalidad total, pues el hombre, y más en aquella época, hay que comprenderlo como una persona totalitariamente, realizando sus funciones espirituales encaminadas hacia un fin, no obstante lo diverso de su actividad, dirigidas todas las manifestaciones altas de la inteligencia por un centro superior monárquicamente, por el yo psíquico. Es preciso comprender al hombre como una unidad, unus quia vivus, vivus quia unus, dentro de la variedad y en el sentido moderno que le da Willian Stern. Como en el organismo físico del hombre, el todo está presente en todas y cada una de las partes (y esto constituye una de las características más importantes de los seres vivos), el yo espiritual actúa como una totalidad en cada elaboración y en cada producto del ingenio. Y aún todavía en la época de Maimónides, en la cual la ciencia médica no estaba tan formada y totalizada que pudiera separársela por completo de otros ramos del saber humano.

Yo he comparado las esferas de apetencia del saber de cada persona, enfrentada con la sociedad y el medio, a los electrones de un átomo. Átomos simples y átomos complejos, con sus partículas de carga negativa y con órbitas variadas en cuanto al número y a la amplitud, así es dentro de la cultura, cada hombre estudioso. Maimónides se distinguió

por su talento universal y variadas apetencias dentro del campo de la ciencia de entonces. En aquella época, el instrumento poderoso de investigación científica era en realidad la inteligencia; el espíritu del sabio, penetrando a más o menos profundidad; la invención de los instrumentos y métodos de cada ciencia y arte es lo que había de dar luego personalidad a cada una dentro del gran mundo del conocimiento humano.

Como en todas las ciencias y las artes y aún en toda actividad humana, en la medicina se dan las dos formas de conocimiento creador, el intuitivo y el reflexivo. En el origen del conocimiento en nuestra cultura, estas dos formas están representadas por dos grandes pensadores de la Grecia clásica: Platón y Aristóteles. Los dos genios simbolizan, no sólo dos individualidades distintas y en cierto modo antitéticas, sino también dos modos radicales del espíritu humano. Platón es la intuición creadora, la inspiración profunda intuitiva y empírica del alma humana; Aristóteles es la reflexión razonadora, el método reflexivo aplicado a la construcción científica. En medicina podemos señalar las dos más grandes figuras del saber del arte de la salud de todos los tiempos en Hipócrates y Galeno. El primero es la intuición, el ojo clínico, el genio clínico, que descubre por un síntoma una enfermedad, que diagnostica y pronostica a favor de su inspiración indagativa, por su disposición innata, ingénita y emocional. Galeno es el nombre metódico que construye un sistema complejo de medicina, que nos da como un edificio dogmático, parecido al que en la religión cristiana crearon los escolásticos. Hipócrates, en cambio, representaría la libre inspiración, que recibe por revelación la verdad médica, mística e irracional, o la intuición individual que en medicina se traduce por disposición y vocación, por genio médico.

En cada médico se dan estos dos procesos del espíritu en la indagación de la verdad, sobre todo diagnóstica, porque ellos corresponden a una especial estructuración de la mente y del alma humana; pero en unos dominan más la intuición, el genio, y en otros la elaboración paciente y metódica, la construcción del edificio de la ciencia y del arte. Como dijo el filósofo Bergson: un sistema de filosofía representa sólo la inmensa distancia entre una intuición creadora y su exposición metódica por el lenguaje. En medicina, como en todas las ciencias, a las ideas creadoras, a las geniales inspiraciones, deben seguir las construcciones del edificio parcial que de ella deriva.

Maimónides era más bien constructor laborioso que genio creador; no dejó ningún descubrimiento científico de primer orden en el campo de la

medicina, ni la época lo consentía aún. Maimónides era más galenista que hipocrático.

Al lado de práctico, de activo ejercicio y muy solicitado, fué Maimónides escritor laborioso. Wüstenfeld, tomando como fuente a Abn Adu Oseibia, contó 16 libros de medicina. Leclerc 11. La bibliografía médica de Maimónides ha sido aclarada por los minuciosos trabajos de Steinschneider. Muchos de sus escritos médicos existen aún sólo como manuscritos. De otros hay traducciones, o como dice Pagel «perversiones» latinas. Según Halser, lo más importante de Maimónides está aún inédito. Los libros impresos son sólo cuatro o cinco, ya en árabe, ya en hebreo, y se hallan traducidos al latín y a las lenguas modernas. Se ha sospechado si los escritos de Maimónides están copiados en los tratados de otros médicos, pues el estudio de la cirugía medieval de Mondeville y Guido de Chauliac (siglos XIII y XIV) nos enseña que Maimónides, en varios asuntos médicos, era considerado como una autoridad.

Entre sus obras de medicina quiero comentar en primer término el libro de los «Alimentos prohibidos», traducido de la lengua hebrea por Marco Woldique (1) (un ejemplar lo he adquirido para la Biblioteca de la Academia de Medicina), por ser el primero que se vertió al latín, tratando de los manjares prohibidos por las leyes al pueblo de Israel, siguiendo el orden de los 28 edictos que existen en la ley mosaica sobre esta materia, añadiendo los comentarios de los sabios.

Estos trataron, dicen los traductores, de investigar las razones ocultas por las cuales el creador había prohibido a su pueblo elegido el alimentarse de determinados animales y otros manjares, y algunos como Spencer (De Legibus) traen una porción de argumentos para explicarlo. Pues parece que los egipcios, como también los antiguos gentiles, tenían muchas supersticiones ridículas, absteniéndose de comer algunos animales por considerarlos sagrados, sobre todo aquellos que prestaban algún otro beneficio a la vida humana, como el buey, que sirve también para arar, la vaca, que da leche, y la oveja y la cabra, etc. Y así, dedicaron el macho cabrío al dios Apis, comenzando a venerar muchos animales, originándose de este modo un politeísmo notabilísimo.

También los sirios consideraron los peces como cosa santa, y lo propio hicieron con las palomas. Pero en cambio los israelitas, lejos de tri-

(1) R. Mosis Maimónides, Tractatus... sirve de CIBIS VETITIS in latinan lunguan versus notiques illustratus a Marco Woldike, Hafniae et Lipsiae. 1754.

butar divinidad alguna a los animales y cosas prohibidas, los abominaban como inmundos, y al contrario que los egipcios, de los animales domésticos se servían para su alimentación, porque para ello apropiados los consideraba la divina sabiduría, la cual para que inspirara en otros horror en vez de santidad, llamó inmundos a los que no debían comerse. Sobre todo Hugo Grotio creyó que las prohibiciones de los libros sagrados tienen un fundamento natural, por razón del bueno o mal nutrimento que proporcionan.

Maimónides enseña elegantemente en este libro, que no debe existir diferencia entre los juicios y los preceptos de Dios en la ley mosaica para que sean acatados. Llama juicios a los mandamientos cuya razón es manifiesta y cuya observancia es inútil en la vida, como la piedad hacia los padres, las sanciones del rapto y del asesinato, etc., y preceptos aquellos otros de los cuales no es conocida la razón, ni los sabios deben escudriñar su fundamento, como la prohibición de la carne de cerdo, también de la carne condimentada con leche, la ternera sacrificada, la vaca bermeja, etc. No hay que desconocer que el hombre no ha de tener la petulancia de creer que no hay otras razones que aquellas que a él se alcancen, pues Dios podía tener otras ocultas análogas, por ejemplo aquella que prohíbe los matrimonios con los gentiles.

Se interpretan también estas prohibiciones como mandatos de Dios al pueblo israelita para que los egipcios se apartasen de ellos en el trato y no contagiasen con sus supersticiones al pueblo elegido, y a la vez a los israelitas les prohibió también otros manjares para que ellos, evitando las mesas y los sacrificios de árabes, sabeos, sirios y caldeos, evitasen también sus costumbres y su impiedad, lo cual prueba Maimónides doctamente. Porque los egipcios detestaban con grande horror a los que comen carne de ganado, como lo dice ya el Génesis y también Herodoto: ningún egipcio y egipcia besará boca de varón griego, ni usará de su cuchillo o asador u olla, ni comerá carne pura de buey cortada con cuchillo griego.

Contribuyó este libro de Maimónides a hacerle célebre (como dicen sus traductores y prologuistas) en la república de las letras, y aumentó su grandeza en el estudio de las leyes hebraicas y en la hermenéutica de la Teología rabínica, en cuyo dominio ninguno le aventajó. Porque en este tratado nada hay de medicina árabe; toda la doctrina se deduce de la interpretación y comentario de los textos sagrados del pueblo judío, la Biblia y el Talmud.

En la Biblioteca del Palacio Nacional de Madrid, he encontrado dos

libros de Maimónides, traducidos al latín (1). Uno trata del Talmud, comentado por el autor, y trae algunas reglas higiénicas interesantes, tales como lavarse las manos antes y después de comer el pan bendito y aún antes también de la comida común.

El otro (2) versa sobre los fundamentos de las leyes. En el capítulo Vº-11, habla de los alimentos prohibidos por las leyes mosaicas.

«Si alguno estando enfermo con peligro de vida pide con ansia de comer en día de expiación, aún cuando expertos médicos digan que no es necesario, no obstante, se debe corresponder a su petición dándole lo que desee. Pero si el enfermo no quiere comer y el médico dictamina lo contrario, será preciso darle el alimento. Y si un médico experto aconseja que coma, pero otro dice que no, se le darán los alimentos a tenor del dictamen del primero. Cuando son muchos los médicos que intervienen, sígase el consejo de los más o de los más doctos, con tal que el mismo enfermo diga que no quiere comer; más si él nada dice, siga el consejo de la mayoría».

El conocido *Tratados de los venenos y sus remedios* es quizá el libro más divulgado de Maimónides. El título de éste es el famoso Códice de la Biblioteca del Escorial, figurando con el número 884 de Casiri (el 889 actual). Se titula «Tratado de los Venenos y sus remedios», dividido en dos partes y repartido en XIV capítulos. Según el bibliófilo sirio fué escrito en 15 *rabii priosis* del año 712 de la Egira, el 1312 de Cristo. Su autor es Musa Abi Amram, vulgarmente llamado Maimónides (Casiri página 312. C. 2.^a). Trata en la primera parte de los síntomas de los que han sido mordidos, del cuadro clínico y demás fenómenos dependientes de la especie de animal inoculante; en la segunda parte, que consta de cuatro capítulos, declara tratamiento, empleo de antidotos y profilaxis (para los venenos internos). Entre los animales venenosos para el hombre cita a los escorpiones, arañas, avispas, abejas, culebras y perros rabiosos (afirmando que la mordedura más peligrosa es la del hombre habriento). Entre los venenos vegetales cita la mandrágora, el hioscianus, solanuruni-grum, cantáridas y otros. Clasifica los venenos, siguiendo a Galeno, en

(1) Porta Moris, Dissertationes aliquot a R. Moise Maimónide suis in varios (hebreo) sirve textus Talmudice partes, Comentariis praemisse quae ad universan fere Judeorum disciplinam aditum aperiant. Arabice et latine Alditae. Oxonie 1655.

(2) Constitutiones de Fundamentis Legis, Rabbi Mosis F Maimemon. Latine redditae per Guiliermum Vorstium C. J. Amstelodami (hebreo) XXXVIII.

fríos y calientes, es decir, aquellos que producen depresión y enfriamiento y los que determinan fiebre y excitación psíquica. Como tratamiento general, aconseja en los primeros remedios suaves, como leche, etc., en los otros, estimulantes, como vino, anís, etc. En el primer grupo está el veneno de la víbora, en el segundo el del escorpión. En la mordedura del perro rabioso, Maimónides aconseja continuar la cura durante 40 días, sobre todo mientras esté abierta la herida.

Es notable que el autor exponga la idea de que el uso de cerebro de un perro asado aumenta la inteligencia. Se encuentra, dice también Maimónides, en los escritos de los antiguos la doctrina de que el uso en el hombre de órganos o partes orgánicas refuerza la función propia de dicho órgano empleado. El empleo del polvo de esmeralda como contraveneno, lo aconseja bajo la autoridad de Avenzaar.

Aconseja como tratamiento local en los casos de heridas envenenadas, la ligadura de la zona lesionada, la succión del veneno (mojando los labios en aceite) o también con ventosas y la abertura amplia de la herida. Expone los remedios de aplicación externa e interna; entre los primeros, recomienda la cebolla, asa fétida, disolución de sal común; entre los segundos, los vomitivos etc., pero sobre todo las piedras preciosas, sercar, esmeralda, (era una superstición y extendida la de la eficacia de las piedras nobles), la teriaca y otros medios.

Este Códice es de los libros llevados por Felipe II a la Biblioteca.

El tratado de los venenos fué traducido al Francés por J. M. Rabbnowicz (*Traité des poisons de Maimónide*) París 1867, y al alemán por Steinschneider en los *Vichchow Archiv.*, tomo 52, año 1873.

Otro Códice árabe de Maimónides de la Biblioteca del Escorial figura con el número 869 actual (correspondiente al 863 de Casiri). Es una obra que comprende toda la medicina, con suma brevedad y erudición, bajo este título: *Aforismos de Medicina*, tomados principalmente de los libros de Hipócrates y de Galeno, distribuida en XXV libros. Sin embargo, en la edición latina de esta obra, que vió la luz en Basilea, el año del Señor de 1579, no hay sino XXIII libros (Casiri). Según el autor que estudió este precioso Códice en tiempo de Felipe III, se trata de aforismos propios de Maimónides sacados sobre todo de la doctrina galénica y también de la hipocrática. Están estos dos códices en caracteres cúficos, y el último es también de la Biblioteca de Felipe II. Muchas veces en éste, Maimónides expone ideas propias contradiciendo las ideas galénicas, lo cual demuestra una gran libertad de espíritu, notable además por la época.

Hay dos o tres ediciones latinas, de fines del siglo XV (Venecia 1497), y otra con Razés, Basilea 1570.

Sus doctrinas aforísticas están tomadas de Galeno principalmente (*secundum doctrinam Galeni, medicorum principis*), compuestos, según el autor, primero para instrucción propia, pero también para utilidad de los colegas. No tienen sólo, como han creído muchos, carácter compilatorio, porque era impropio del espíritu de Maimónides, tan profundo crítico en filosofía y metafísica, exponer servilmente las ideas de otro, siquiera éste fuera Galeno.

Entre unos 1.500 aforismos están incluidos 42, en los cuales dice expresamente: «dijo Moyses», y en diferentes sitios del libro se expresa abiertamente contra las ideas del médico de Pérgamo. Según Wustenfelf, no sólo cita a éste sino a otros médicos, sobre todo sus coterráneos, el Temini y Ybn Zor. Los aforismos de Maimónides no tienen analogía con los aforismos hipocráticos, ni en tendencia ni en contenido ni en forma, como dice Pagel. El valor de esta obra consiste en haber dado de un modo sintético a sus contemporáneos todo el cuerpo doctrinal de la medicina galénica, constituyendo una especie de *Repetitorium* para los prácticos de los siglos XIII y XIV.

Comprenden los aforismos 25 capítulos, que tratan, los primeros, de Anatomía, Fisiología, Patología general. Después se ocupa de Semeiôtica, sobre todo del pulso y la orina, y luego etiología y terapéutica. El capítulo X es, en síntesis, el tratado de las fiebres de Galeno. Se ocupa sucesivamente de la sangría y los vomitivos y los purgantes. Más adelante, de gimnasia, baños y diatética, de Ginecología y de higiene, etc. También trata de balneología.

Las críticas de Maimónides a Galeno se refieren a asuntos médicos, no como las de Tarés, Abenroar y Alí Rodoan, que se referían principalmente a los temas filosóficos. Maimónides no reconocía autoridad a Galeno en estos últimos problemas. Critica además muchas contradicciones halladas en los libros del médico de Pérgamo.

Había otro Códice en el Escorial, que figuraba con el número 893 (correspondiente al 888 de Casiri), pero ya no está en la Biblioteca. Parece que trataba de *Cánones de Medicina práctica*. El autor sirio dice que fué escrito el año de Cristo de 1424 (Casiri), página 315. c. 2).

El llamado *Tratado de Higiene* está constituido por las prescripciones higiénicas para uso del hijo de Saladino, Al Malik-al Afdahl. Las traducciones latinas llevan por título de *Regimine Sanitatis*. Hay ediciones de Venecia (1514-1521), de Augusta Vindelicia (1518) y de Lyon (1535).

La edición alemana se titula *Dietetischen Sendschreiben au den Sultán Saladino*, Viena 1843 (según una traducción del hebreo.) Esta obra consta de cuatro libros, en los cuales se expone el género de vida que debe seguirse en estado de salud y de enfermedad, emitiendo reglas y preceptos higiénicos generales. Un ejemplar de la edición de Lyon está en la Biblioteca Nacional de París.

En 1907 H. Kroner, Oberdorf-Bopfingen, hizo una traducción al alemán del hebreo del tratado sobre *El Coito de Maimónides*. Según Casiri en la Biblioteca de París hay un Códice en árabe con caracteres hebráicos de Maimónides que trata de las *Causas de las enfermedades*. También *Cartas* pertinentes a asuntos médicos, en árabe, con caracteres hebráicos. Un tratado sobre la curación del *Asma*, vertido del árabe al hebreo. Una carta *De Diaeta* a un príncipe, que le había consultado sobre ella.

En definitiva podemos afirmar que la personalidad médica de Maimónides no llegó a la altura de la que adquirió en la filosofía; era, sin embargo, relevante y conspicuo. Fué un médico fecundo escribiendo sobre asuntos del arte aplicado, conocedor de la literatura antigua y medieval y sobre todo de la obra de Galeno. Era profundamente galenista, hallando en el médico de Pérgamo la fuente por excelencia del conocimiento médico. Pero no fué esclavo del galenismo, sino original pensador e independiente. Sometió a severa crítica muchos pasajes de Galeno, contradiciéndolos, basado no en concepciones teóricas, sino de ordinario en su experiencia propia. Sin que dejase de reconocer la gran autoridad del pergamino, sobre todo en el valor de los hechos médicos aportados en sus obras, no aceptó las deducciones filosóficas de Galeno, que no consideraba en su mayor parte valederas.

Terminamos diciendo: Maimónides fué uno de los médicos medievales de mayor alcurnia; profundamente galenista como correspondía a su extirpe filosófica aristotélica, pues admiraba al maestro de Stagira, del cual dijo en una carta a Ibu Tibbon: «su ciencia es la más completa que puede un hombre poseer, con excepción de aquellos que por inspiración divina abrazan el don de profecía, sobre el cual no hay otro más conspicuo». Fué constructor de ciencia médica, pero no llegó, ni la época era aún propicia, a creador genial en el área de la medicina. Su espíritu independiente le hizo no someterse servilmente a la doctrina galénica, lo que en aquel tiempo equivalía a originalidad y valor personal.

La clase médica española espera que nuestra escuela arabista no consienta que continúen en un profundo sueño secular y se reduzcan a polvo,

como a los Reyes en el Panteón de El Escorial, los Códices árabes de Maimónides que son sus dos escritos médicos más importantes «El Tratado de los venenos» y Los aforismos. Si nos los dan traducidos a nuestra lengua vernácula, que Dios se lo premie, y si no, se lo demande.

HE DICHO.

f